

ANDY
CHERNIAVSKY
**ACCESO
DIRECTO**

MEMORIAS DE UNA
FOTÓGRAFA DEL
ROCK ARGENTINO
EN LOS AÑOS 80

 Planeta



ANDY CHERNIAVSKY

ACCESO DIRECTO

MEMORIAS DE UNA FOTÓGRAFA DEL
ROCK ARGENTINO EN LOS AÑOS 80

 Planeta

Cherniavsky, Andy
Acceso directo / Andy Cherniavsky. - 1a ed. - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires : Planeta, 2020.
184 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-950-49-6215-1

1. Música. 2. Biografías. I. Título.
CDD 920

© 2020, Andrea Cherniavsky
Fotografías: Archivo personal de la autora

Todos los derechos reservados

© 2020, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Diseño de cubierta:
Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

1ª edición: abril de 2020
3.000 ejemplares

ISBN 978-950-49-6215-1

Impreso en Gráfica TXT S.A.,
Pavón 3421, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en el mes de febrero de 2020

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.

Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

1

EL ORDEN Y LOS FACTORES

Música para escuchar durante la lectura de este capítulo:

Rolling Stones, Vinicius de Moraes, Sui Generis, La Máquina de Hacer Pájaros, Nito Mestre y los Desconocidos de Siempre, Yes, Pink Floyd, Genesis, Led Zeppelin, Deep Purple, Focus, Joe Cocker, Joni Mitchell, Iggy Pop, James Brown, The Faces, The Who, Bob Dylan, Eagles, Doobie Brothers, Eric Clapton, Ramones, The Doors, Tina Turner, Roy Orbison, Stevie Wonder, Jimi Hendrix, Syd Barrett, The Beach Boys, Yardbirds, The Band, Cream, David Bowie, Frank Zappa, Steely Dan, Elton John, James Taylor y Crosby, Stills, Nash & Young, Paul Simon, J. J. Cale, Bob Marley, Peter Tosh, The Pretenders, Patti Smith, Johnny Winter, Lou Reed, Todd Rundgren, Jeff Beck, Herbie Hancock, Pete Townshend, Carlos Gardel, Focus, Luis Alberto Spinetta.

Podría decir que he tenido una vida llena de contrastes y revelaciones, luces y sombras, rock and roll, amor y fotografía. Ahora es el momento de los flashes: imágenes del pasado que me vienen así, en forma de luz, como si fueran impresiones de otra vida que viví y que en parte me llevaron a ser quien soy. Por eso quise poner todas estas experiencias por escrito. El asunto, como en los archivos, es darle un orden.

Hay un momento que para mí fue un fin y un comienzo; un instante de mi vida que fue tremendo por lo fuerte, por lo importante, por lo trascendente, que me marcó para el resto

de mi vida. Sucedió en 1976, recién egresada del colegio, a los dieciocho años, cuando vivía en Santa Fe y Salguero con... Charly García. Yo regresaba de un largo viaje en el más amplio sentido de la palabra: había volado de urgencia a Zaragoza para despedirme de mi hermano, que había muerto en un accidente automovilístico. Ari, dos años más chico que yo, estaba volviendo a Madrid haciendo dedo después de ver a los Rolling Stones.

Para entender el panorama que me llevó a compartir mi casa con Charly, algunos datos de contexto: en aquellos años, mi vieja, eterna nómada, vivía en España con su tercer marido, y nos había mandado unos pasajes a mí y a mi hermano para que fuéramos a quedarnos con ellos un tiempo. Nosotros ya vivíamos solos; mamá, después de una tumultuosa separación, se había ido de casa a vivir con su nuevo marido, primero en Buenos Aires, luego a Brasil y finalmente a Europa. Mi hermano aceptó viajar a España, pero yo no quise saber nada porque estaba de novia con un chico al que había conocido cuando me había cambiado de colegio.

Yo venía del Liceo nº 1, donde teníamos que llevar el delantal por debajo de la rodilla y usar moñito azul, entre otras rigideces de la época. Teníamos que entrar todas en fila tomando distancia, por supuesto, y someternos a una inquisitiva revisión para que las autoridades tomaran debida nota de que NO teníamos las uñas pintadas y que NO estábamos maquilladas. Obviamente, se trataba de un liceo de señoritas y, en tercer año, estábamos un poco cansadas de la represión. Por temor a lo que venía a nivel estudio, con mi amiga Amelia, aullamos casi al unísono: «¡Queremos ver a un hombre!»

Con Amelia éramos fanáticas del cine, coleccionábamos programas y afiches que nos regalaban los acomodadores del Cine Arte y de la Cinemateca, que ya nos conocían de tanto que íbamos. Los fines de semana veíamos entre dos y tres películas por día.



Armábamos un fichero donde había datos de cada película: no solo éramos fanáticas de todos los popes de los inicios del cine que habíamos visto, sino que habíamos descubierto que una serie de circunstancias sociales y estéticas habían hecho que en el cine todo cambiara en los años 60. Estos y otros factores nos llevaron a ver el cine europeo con una avidez total. Y no solo nos interesaban los directores y actores, sino también los directores de fotografía y los técnicos... Llegamos a ver más de seiscientos películas, de las que todavía conservo programas y partes de las fichas, internadas todos los fines de semana de cine en cine. Pero mi acercamiento a la fotografía no tuvo que ver ni con mi adolescencia rockera ni con mi fanatismo por el cine, aunque ahí entendí por qué había vivido todo eso.

Pronto nos íbamos a ir del colegio, pero antes íbamos a tomarlo. Fue unos años antes de mi encuentro con Charly,

la época en que Héctor J. Cámpora era presidente y todas las escuelas estaban tomadas. Nuestras reivindicaciones no eran tan revolucionarias sino modestas: queríamos que nos dejaran concurrir al establecimiento con las uñas pintadas, que no nos obligaran a usar el moño, y poder ir sin delantal o acortarlo, educación sexual y el boleto estudiantil entre otras cosas... La escuela atrasaba como cuarenta años, todo estaba en silencio, no existía la música: todo era aburrido, silencioso y sepulcral. Me acuerdo de que en la toma del colegio, fui yo la que le cerró la puerta en la cara a la vicerrectora.

De cualquier manera, hay dos cosas que yo le agradezco a ese colegio: una es mi grupo de amigas, con el cual aún hoy seguimos unidas, y la otra es una materia que se llamaba Labores: me enseñaron a coser y eso me gustaba mucho. Después aprendí corte y confección por mi cuenta y me diseñé mi propia ropa, a veces con algunas cosas que compraba, telas antiguas y ropa usada de Emaús y Caritas: todo lo acortaba, lo alargaba, cambiaba los botones por otros antiguos o lo bordaba.

Mi primer trabajo fue haciendo ropa que teñía a mano en batik, en cien baldes que tenía en un patio de mi casa de Salguero y vendía en varias boutiques del barrio. El rock ya había tomado posesión absoluta de mi gusto, y en ese tiempo era difícil encontrar ropa que me copara y siguiera la moda de mis nuevas amigas rockeras.

Antes de la toma del liceo, yo militaba en la UES, Unión de Estudiantes Secundarios, que dependía directamente de la Juventud Peronista. Después, con el transcurso de los años, me fui enterando de que varios de nuestros compañeros de la Juventud Peronista habían pasado a la clandestinidad y militaban en Montoneros.

Tuve amigos de otros colegios como Cristian Caretti, al que mataron durante la dictadura militar; otro de mis amigos era Marquitos Zucker, hijo del actor Marcos Zucker, que también

fue asesinado. Y así fueron cayendo muchos, en combate, torturados y desaparecidos. Por aquel entonces yo no tenía idea de que varios compañeros andaban armados, pero pese a mi despiste, me daba cuenta de que las cosas andaban muy mal.

Recuerdo con espanto el día que lo mataron al Roña: fue el día en que mi vieja comenzó a quemar los libros. Sus amigos psicólogos desaparecían, los míos comenzaban a desaparecer también. Ese caldo espeso inundaba el ambiente con su fétido aroma, mientras yo lloraba la muerte de mis amigos.

Enseguida mi vieja se fue a vivir con su marido, era hora de un cambio de aire y se fueron a dar unos cursos a Brasil. Algo nos decía a mi hermano y a mí que no iban a poder volver. Y nosotros vivíamos solos hacía tiempo y con muchas dificultades en un departamento de quinientos metros cuadrados; estaba mi abuela no demasiado lejos, pero no vivíamos con ella.

Años después, a mi viejo le pusieron una bomba en su oficina del Centro de Artes y Ciencias (lugar del que era director y del cual hablaré un poco más adelante) y también entendió que se tenía que ir. El problema fue que nadie nos llevó a nosotros.

Mi militancia terminó en 1974 con una nueva mudanza a un departamento de dimensiones más acordes a dos chicos menores que vivían solos y un urgente cambio de escuela. Basta de liceo para mí.

Con mi amiga Amelia llegamos al nuevo colegio, el Instituto de Enseñanza Norte, sobre la calle Santa Fe, con una puntualidad absoluta: a las siete y media, como supuestamente correspondía. Supuestamente, porque ese día y a esa hora éramos las únicas alumnas presentes en el estableci-

miento. Pero no importaba, nosotras estábamos chochas con nuestro nuevo uniforme. Sí, antes habíamos tomado el colegio para que no nos obligaran a usarlo y en cambio en este podíamos ir vestidas como queríamos, pero como era el primer día, quisimos hacer buena letra. Llegamos, nos pusimos ahí, como granaderos al lado de la bandera. Solitas... No sabíamos qué pasaba. Después de una hora o algo así, apareció un señor todo sucio y desprolijo, mal vestido, que resultó ser un profesor.

—Vayan al aula, que llegarán a eso de las once, once y pico —nos dijo el hombre.

—¿Quiénes? —preguntamos, un tanto desconcertadas.

—Los chicos —respondió, y se quedó en silencio.

Dimos por supuesto que hablaba del resto de los alumnos. Y así era; a la hora vagamente señalada, llegaron como en rebaño «los chicos», que no eran ningunas ovejitas sino más bien una manada de búfalos que embistió contra los pupitres y todo atisbo de orden. Para nosotras, que veníamos de algo que nos parecía un regimiento militar, fue una visión alucinante.

Era un colegio incorporado a la enseñanza oficial, de manera que las edades oscilaban entre la nuestra —unos dieciséis— y los cuarenta años. Todo estaba revuelto y eso que vimos el primer día no fue nada, porque después nos dimos cuenta de que la onda era apilar los pupitres, prenderlos fuego, y dejarle excremento en el escritorio al profesor. Un quilombo liso y llano. El cuerpo docente estaba aterrizado por los alumnos. Yo no lo podía creer: venía de todo lo opuesto.

Uno de los integrantes de esa jauría endemoniada era Daniel García Moreno. Pero transcurrió un año hasta que comenzamos a relacionarnos con Dani para finalmente ponernos de novios.

Como yo ya vivía sola, muchas veces él se venía a dormir

a casa y cuando nos despertábamos, nos íbamos al colegio y mi hermano iba al suyo. Mi madre dejó la tropicalidad de Salvador de Bahía donde vivía, se trasladó a la península ibérica y nos mandó pasajes para que fuéramos a reunirnos con ella allá. Yo quería quedarme acá con Dani. Sabía perfectamente que mi madre podía obligarme, pero también tenía absolutamente claro que no lo iba a hacer.

Mi vieja era una psicóloga moderna, permisiva, que fumaba porro y consumía LSD con sus colegas o amigos a modo de experimentación (el único sobrio era uno de mis tíos, encargado de tomar nota de sus experiencias). Estaban a la vanguardia de todo lo que concernía a las nuevas corrientes de la Psicología, y obligarme a viajar hubiera sido ir contra sus principios.

Pero en 1976 todo cambió con la muerte de mi hermano. Sola me tomé un avión a Zaragoza para despedirme de Ari, y me quedé allí unas semanas con mamá. No sabíamos qué hacer ni a dónde ir. Un tiempo más tarde con ella y su marido emprendimos un viaje muy largo por Europa, como para elaborar el duelo.

Finalmente ellos decidieron volver a radicarse en Brasil, pero yo no estaba invitada. Casi todos mis amigos se exiliaron, eran muchísimos los que se iban del país.

Acompañé a mamá en Bahía un tiempo, aunque sabía perfectamente que mi destino era otro. Yo tenía muy claro que volver a Buenos Aires era meterme en la boca del lobo. Al llegar a Salvador, fuimos a tomar algo con un grupo de argentinos que se había refugiado allí y nos comentaron que en Argentina estaba desapareciendo gente y nos contaron todo con lujo de detalles.

A mí me entró un miedo atroz y se me ocurrió pedir que cambiáramos de tema porque si las cosas eran así, ¿quién nos podía asegurar que alguien no nos estuviera escuchando? Me dijeron que me había puesto nerviosa, que me

tranquilizara; acto seguido, se dio vuelta el tipo de la mesa de al lado y me dijo: «Eso mismo les está pasando ahora». Sin pararse me entregó su tarjeta personal, luego se levantó y se fue. La tarjeta decía su nombre y su grado: era un militar. Nos quedamos todos paralizados.

Eso no me detuvo, tenía que volver, era más fuerte que yo, no tenía a dónde ir. Tuve suerte porque mi amigo Hugo Bey viajaba hacia Punta del Este en su auto y se ofreció a llevarme. Yo había conocido a Hugo en el colegio Norte y fue él quien, en Bahía, me enseñó a manejar mi primera cámara fotográfica: una Fujica que me había regalado Emilio, el marido de mi vieja.

Hugo era un tipo divino, pero su auto, un Renault amarillo al que apodaron Mayonesa era una maldición porque se descomponía cada cinco minutos. Literalmente: era arrancar, andar unos pocos kilómetros y que el auto colapsara entre ruidos de motor y vibraciones muy extrañas. Creo recordar que se trataba del carburador o algo así. Le pusimos tres o cuatro días hasta Punta del Este y allí comencé a recuperar el ánimo porque me encontré con mis tíos, a quienes no veía desde antes del funeral de mi hermano. Fue un encuentro muy fuerte, porque ellos nos habían cuidado mientras vivíamos solos en Buenos Aires. También estaban todos mis amigos, entre ellos Víctor Ponieman, hermano de Clota, que en un futuro no muy distante sería una persona clave en esa etapa de mi vida.

Al día siguiente de llegar a casa, en pleno duelo, vino mi viejo y me contó que había tomado la decisión de irse del país. Le habían puesto una bomba en su oficina en el Centro de Artes y Ciencias y comprendió que su vida, la de su mujer Magdalena y las vidas de mis hermanas estaban en riesgo. La mía también, pero aunque él vivía en Buenos Aires, nuestra relación se había diluido y había formado una nueva familia donde Ari y yo no cabíamos.

Mis hermanas entraron en mi vida y en mi corazón un poco antes de la muerte de Ari: Carolina —hija de Magdalena con su pareja anterior— vivió desde muy chiquita con mi papá en Argentina y en el exilio; siempre la consideré mi hermana y ese es un vínculo precioso. Victoria, hija de mi padre y Magdalena, nació años más tarde y aprendimos las tres a ser hermanas a pesar de la distancia.

Papá decidió mudarse también a Brasil, pero a San Pablo. Yo ya había cumplido los dieciocho, pero tampoco estaba invitada a irme con ellos. Tenía el gran desafío de descubrir qué iba a hacer con mi vida: había dejado la Facultad de Psicología para viajar al entierro de mi hermano, también había abandonado las camisetas batik, me había separado de Dani y estaba en pleno duelo.

La gente antes comentaba que había dos chicos que vivían solos, ahora era yo totalmente sola, sin plata ni trabajo... viviendo con Charly García en mi departamento de Salguero. Creo que ese día tuve un ataque de pánico mucho antes de que el término se tornara de uso común.

Cuando mi hermano viajó a España, su habitación quedó liberada, situación que no les pasó desapercibida a Dani García y toda su familia. Yo era asidua concurrente al departamento familiar de los García Moreno y tenía mucho diálogo con su mamá, Carmen. Aunque el noviazgo con Dani ya estaba llegando a su fin, todavía seguía visitando mi departamento, y al enterarse su madre de la vacante, me llamó por teléfono para preguntarme si Carlitos podía quedarse en casa por un corto tiempo, hasta que resolviera su futuro. Me contó la situación con lujo de detalles: estaba viviendo en el Hotel Impala, en pleno centro, en Libertad y Arenales, y no tenía

plata. Necesitaba un lugar donde parar unos días mientras buscaba algo que alquilar.

En ese entonces el pedido de Carmen no me llamó la atención, porque Charly era el hermano de mi novio; sin embargo, ya en ese tiempo —aunque Sui Generis no había triunfado aún— para mí Charly era una auténtica estrella de rock y estaba sin dinero. El disco *Vida* ya sonaba en todas partes e ir a ver tocar al dúo los domingos a la mañana me daba la dimensión de a dónde podía llegar. Realmente me fascinaba su música. «Canción para mi muerte» se convertía en un hit y yo comenzaba a seguir con mi cámara al artista que más fotografiaría en mi vida. Empezaba, de alguna manera, a revelarse mi futuro.

Charly venía de convivir con María Rosa Yorio en una pensión. No recuerdo si ahí tendría algún que otro mueble, pero a casa no trajo nada y se instaló en la habitación que era de mi hermano.

Arreglamos con Carmen que Charly se viniera unos días a casa hasta que aclarara su panorama, pero se terminó quedando un año o más y así fue como nos hicimos muy amigos. Llegó sin nada. Solo un par de teclados, una viola, poca ropa, cero mobiliario. Cuando se mudó, me dio mucha vergüenza que él viera que yo tenía frente a mi cama un afiche gigante de Sui Generis. Una foto emblemática, sacada por la fotógrafa Ada Moreno. Era raro que él descubriera que yo lo admiraba mucho de antes y de repente... ¡vivía en casa!

Sui Generis hacía varios shows por noche, no paraban de tocar. Jorge Álvarez, Billy Bond y Oscar López, a quienes conocía del Centro de Artes y Ciencias, producían y vendían sus shows. Cuando terminaron las dos funciones abarrotadas de *Adiós Sui Generis* en el Luna Park, el mánager o el promotor les anunció a él y a Nito que no había quedado un mango. Que si querían, les podía dar drogas. Curiosamente, o no tanto, las rechazaron. En retrospectiva, ahora comprendo



aquella frase que Charly soltó un día en un reportaje: «Los autos de muchos empresarios están tapizados con piel de músico».

Luego de la separación de Sui Generis, Charly se abocó a hacer funcionar su nueva invención: La Máquina de Hacer Pájaros. Era un grupo de gente seria. Gustavo Bazterrica, por ejemplo, tocaba la guitarra sentado, cosa que más adelante no haría ni por asomo. Yo todavía no sacaba fotos, pero conservo entre mis tesoros el volante de los recitales del grupo en el café concert La Bola Loca. Ahí fue donde conocí a Gustavo, quien sería después un compañero de ruta. Todo lo que estaba por vivir sería premonitorio...

La convivencia con él había sido muy linda. Charly era un tipo muy reservado y también un poco tímido. Era una época donde todo pasaba por escuchar música permanen-

temente. Hacíamos fiestas en casa o íbamos a comer afuera después de un show, pero no había más importante ni mejor actividad que escuchar discos, tocar y hablar de música.

Charly no se vinculaba mucho con el departamento ni con los quehaceres domésticos. María Rosa aparecía bastante junto con sus amigas, Diana Lía y Patricia, que eran para mí muy importantes, nuevos referentes femeninos. Con todas ellas compartíamos la moda además de la música, nos vestíamos con ropa usada y antigua, una forma de desafío, cosa que me transmitieron y yo adopté encantada. Patricia era la que vendía esa ropa maravillosa a la que cada una le ponía su personalidad. Teníamos mucho diálogo y éramos todos amigos; la casa seguía siendo un lugar de encuentro permanente.

Y Charly emanaba libertad por todos lados. Tenía la mente puesta en la música. ¿Qué sonaba en su tocadiscos? Todo lo que un rockero escuchaba a mediados de los años 70. Rock sinfónico y rock pesado: Yes, Pink Floyd, Genesis y Led Zeppelin, Deep Purple, Focus, Joe Cocker... escuchábamos todo. Pero el gusto de Charly respondía también a otros colores: predominaban Carole King, Carly Simon, Joni Mitchell, de la que Charly era fanático total, y grupos como Procol Harum y Premiata Forneria Marconi.

Escuchábamos música todo el día, fumando, mientras derretíamos velas sobre una tabla que iba tomando dimensiones importantes al igual que todo lo que sonaba: Iggy Pop, James Brown, The Faces, The Who, Bob Dylan, Eagles, Doobie Brothers, Eric Clapton, Ramones, The Doors, Tina Turner, Roy Orbison, Stevie Wonder, Jimi Hendrix, Syd Barrett, The Beach Boys, Yardbirds, The Band, Cream, James Taylor y todo lo que pudiéramos encontrar, ya que conseguir discos no era nada fácil.

Oíamos muchísimo Beatles, bastante Rolling Stones, *early* rock & roll y soul de lo más variado: el rhythm and blues

seco de Atlantic convivía sin problemas con las canciones más dulces del repertorio del sello Motown.

Nos gustaban mucho también Elton John, James Taylor y Crosby, Stills, Nash & Young, Paul Simon, J.J. Cale, Bob Marley, Peter Tosh, The Pretenders, Patti Smith. Escuchábamos a músicos como Johnny Winter, Lou Reed, Todd Rundgren, Jeff Beck, Herbie Hancock, Pete Townshend... inos volaban la cabeza! David Bowie y Frank Zappa eran el sùmmum de la música.

Era muy difícil conseguir toda esta música. La posta era la disquería El Agujerito en la Galería del Este, un lugar obligado de la época, donde podías ver a Borges sentado en una pequeña librería junto a hippies y artistas consagrados del Instituto DiTella.

Cuando mi hermano sufrió el accidente en la ruta, yo salí disparada hacia el aeropuerto rumbo a España, sola. Contra todo sentido común, Charly quedó a cargo del departamento y no encontré ninguna hecatombe a mi regreso. Charly tenía la suficiente sensibilidad como para mantener conmigo una comunicación postal muy cariñosa, como lo prueba una carta que me envió, con dibujitos y cositas, muchos meses después, cuando estaba en Brasil:

¿Cómo estás? Supongo que bien. Yo estoy bien, también. La casa está preciosa y todo funciona perfectamente.

Tengo un toco de cosas para contarte pero no estoy acostumbrado a escribir, prefiero contártelas personalmente cuando vuelvas. Igualmente, te adelanto los titulares. María está gorda y linda y parece que va a ser un niño bien fuerte. Grabamos un long play que mata, y en cuanto lo tenga te lo hago llegar. Hicieron una lista que prohíbe pasar a Gardel, Beatles, Focus, Genesis, Spinetta y a mí. ¿No es surrealista?

Qué lástima que no va Genesis a Brasil, hubiera matado ir a verlos.

Este país ya me tiene un poco gastado y seguramente el año que viene, cuando nazca el baby, zarparemos al mundo. Espero que la sigas pasando superbién y si tenés ganas escribime de nuevo que yo para escribir soy supervago y no me sale, pero me encanta que me cuentes cosas de Brasil. Nunca voy a poder, espero que sí, agradecerte la confianza y lo buena que sos conmigo y quiero decirte que podés contar conmigo cuando quieras. Bueno, perdoná la demora de la carta, pero estoy ensayando como loco para la presentación del long play. Un beso grande, un abrazo. Saludos de María. Saludos a tu mamá. Gracias por las hojitas de afeitador.

Se refería a las hojas de afeitador que yo le había enviado desde Brasil. Aunque por el *look* barbudo de la época no parece, estoy en condiciones de revelar que Charly García... se afeitaba.

La tarde que llegué a casa procedente de Salvador de Bahía vía Punta del Este, Charly estaba acompañado por su amigo Clota, el hermano de Víctor. Rápidamente nos juntamos y vivimos juntos durante muchos años. Era un momento en el que me hacía falta estabilidad emocional con suma urgencia.

Clota era un chico que me atraía y que tenía un plan concreto: quería trabajar en diseño gráfico. Algunas veces lo escuchaba hablar con un cliente y me daba la impresión de que iba a aprender mucho a su lado. Al mismo tiempo fue providencial el consejo de mi amiga Patricia Moscovich, que me alentó a estudiar fotografía y a que la acompañara a tomar un curso básico con Teófilo Dabbah, un viejo fotógrafo de la época. Yo fui más por aburrimiento y por hacerle la gamba, que por interés en el tema, pero se ve que algo me hizo click.

Se trataba de un curso de tres meses, pero al mes y medio yo ya había producido mi primer trabajo: comencé a sacar fotos en varias plazas. Era algo que se estilaba antaño, cada plaza tenía su fotógrafo municipal, pero como el oficio había caído en desuso, yo me apropié de algunas y empecé a ganar plata como fotógrafa. Trabajaba en dos plazas de Recoleta y también en la que está en Pueyrredón y Las Heras, que era en la que mejor me iba.

Básicamente, el trabajo consistía en sacarles fotos a los chicos e interesar a los padres en ellas. No era algo caro y la fotografía todavía tenía esa cuota de misterio que es el revelado. No es como ahora que uno captura una imagen con un celular y la ve de inmediato y puede borrarla, tomar otra, editarla, o agregarle filtros. Yo anotaba la dirección de los padres y después me iba a mi casa a revelar y a copiar. Después me iba a un lugar lejísimos a comprar unos portarretratos de cartulina, ponía las fotografías allí y terminaba en la casa del cliente vendiéndole las fotos. Siempre me pedían más y el negocio se agrandaba.

Recién ahora puedo comprender que me estaba transformando en una empresaria sin darme cuenta, porque comencé con una plaza, me fue bien, y en poco tiempo ya trabajaba en tres y me ganaba la vida con esta empresita fotográfica, trabajando sola y aprendiendo, con un horario de trabajo de diez y media de la mañana a siete de la tarde.

Cada vez que daba un paso, pensaba: «Ah, sí puedo hacer esto», y así fui trabajando y trabajando hasta hoy. Yo lo llamo «tejer al crochet» cada trabajo es una puntada que forma una trama, no solo de conocimiento, porque en un momento define quién sos y cómo hacés las cosas y finalmente tu estilo propio, algo muy difícil de descubrir.

Así me pasé diez años en el cuarto oscuro...ifotografía analógica! Resgistraba todo lo que hacía: escribía a cuánto revelaba cada rollo, guardaba todas las tiras de prueba y

hacía collages con las caras de Charly y de mi grupo de amigos.

A todo esto, Charly ya se había ido de mi departamento porque finalmente se había casado con María Rosa. No tardarían en ser padres. Lo que hoy sería una noticia que conmocionaría a todo el mundo mediático fue una ceremonia sencilla, simple y sin demasiado público, en un registro civil de barrio.

Hoy, Charly lo transformaría en un *happening*, pero en aquel entonces solamente estábamos algunos amigos, familia y varios miembros de La Máquina de Hacer Pájaros. Yo todavía no tenía una cámara fotográfica, lo que es una pena porque el *look* de los allí presentes era algo de locos. María Rosa estaba preciosa con su moñito negro de plástico, un vestido blanco y un bombín. El resto ya lucía una estampa algo más delirante. Todos nos vestíamos siempre con ropa usada antigua, prendas únicas que comprábamos en ferias americanas y negocios oscuros y antiguos, atendidos por viejitos que no sabían el valor que tenían sus prendas para nosotros... Así que ese día, para la boda, teníamos un estilo muy diferente a lo que el juez de paz y los empleados del registro civil —que no entendían absolutamente nada— estaban acostumbrados.

